



Pasteleros tunecinos

liantsimos y sostenidas por Crispi hayan podido torcer la corriente que va á las escuelas francesas.

Tal es en sus puntos principales el balance moral de Túnez, que puede hacerse en una hora con el simple examen del mapa geográfico que se exhibe entre las cuatro paredes del elegante palacio tunecino.

T. LINDENLAUB.



El pabellón de entrada en el jardín japonés

LA HORTICULTURA JAPONESA

Un pequeño cuadro de tierra cercado por una verjilla de bambú, en la cuesta del Trocadero, hacia París; tres terrazas sobrepuestas, á las cuales se llega por extrañas gradas, formadas con rodetes de troncos hundidos en el suelo; á la entrada, un kiosco de bambú y esteras, ó mejor dicho, una cabaña, con su gabinete de descanso ó de recreo, adornado de plantas y flores; en el fondo, un largo abrigo, donde se ven escalonadas raras variedades de arbustos decorativos y plantas de follaje; otras graderías que se prolongan paralelamente de terraza en terraza, cargadas de arbustos y de ejemplares de horticultura ornamental en macetas de porcelana de un tono rico y suave á la vista; centenares de plantas pequeñas, criadas en macetas ordinarias, ordenadas en el suelo sin ninguna pretensión y como dispuestas para la venta diaria: he aquí el jardín japonés, una de las partes más visitadas y no la menos curiosa de nuestra grande exposición horticola.

No habiendo viajado allende el mar, me abstendré de toda disertación sobre lo que no he visto. Pero he leído en uno de los libros de M. Aimé Humbert, relativos al Japón, que los naturales del país tienen en alto grado el sentido de la asimilación de los paisajes, lo que viene á decir que entienden el arte de diseñar parques. Bajo este punto de vista, bien merece ser citada una descripción de este autor. Es la pintura de las inmediaciones de una estatua colosal de Buddah, erigida en Kamakura en una especie de jardín sagrado, en el jardín de un templo.

«El camino que allí conduce se aleja de toda habitación y se dirige hacia la montaña: al principio serpentea entre los setos de altos arbustos; luego no se ve nada por delante, más que un sendero recto que sube entre follaje y flores; después hace un rodeo como para ir en busca de un objeto lejano, y de pronto, aparece en el fondo una gigantesca divinidad de bronce, acurrucada, con las manos juntas y la cabeza inclinada, en actitud de éxtasis contemplativa.

»El estremecimiento que se siente involuntariamente al aspecto de esta grande imagen, da muy luego lugar á la admiración... Todo lo que la rodea está en íntima relación con el sentimiento de serenidad que su vista inspira. Sólo un cerrado soto, sembrado á trechos por algunos grupos de árboles, constituye el recinto del lugar sagrado cuyo silencio y soledad nada turba.

»El azul del cielo, la gran sombra de la estatua, los severos tonos del bronce, el esplendor de las flores, la variedad de verdura de las plantas y árboles, llenan este retiro de los más ricos efectos de luz y de color.»

Parece que el imperio del Mikado abunda en sitios semejantes, donde la mano del hombre, del jardinero, ayuda mucho á la naturaleza. Nótese que se nos habla de variados follajes, que se hacen valer, de perspectivas abiertas ó cerradas, según el efecto que se quiere producir, de masas de árboles dispuestas en sitios determinados, contribuyendo así á un aspecto general.

Todo esto es muy favorable; pero se trata de una concepción de parque análoga á la nuestra. Admitamos que los japoneses sacan partido, tan bien como nosotros, de los accidentes del terreno y de los recursos vegetales de su país: en este concepto, no podemos considerarlos como nuestros maestros.

Pero se les encomia, sobre todo, como cultivadores de flores de adorno. Sus jardines de flores son, según se dice, de seducción irresistible. ¿Cómo están trazados? Lo ignoro. El cercado japonés de la Exposición no ofrece ninguna particularidad de composición. ¿Puede siquiera llamarse jardín á esas tres terrazas paralelas, donde no veo plantas sino en macetas? Ciertamente que estas macetas son bellas en su mayoría y de un tono alegre y exquisito; son de fondo blanco sembrado de dibujos azules, y algunas de un verde lánguido con flores rosadas, mientras otras, de formas abultadas, resplandecen de follajes y combinaciones de líneas mezcladas de rojo, de azul, verde y oro.

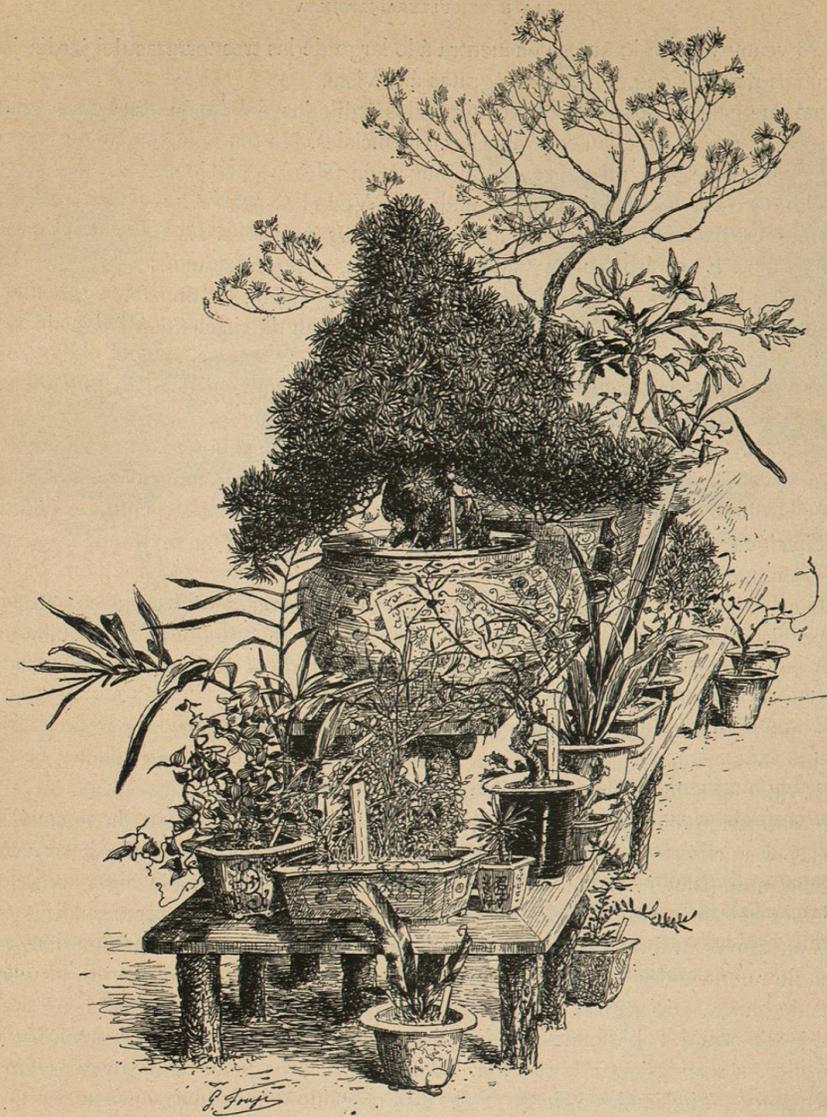
No creo que estas elegancias y riquezas sean muy esenciales en jardinería, pero á lo menos, sirven para darnos idea del gusto japonés. Estas macetas, por otra parte, se armonizan muy bien con los extraños vegetales que contienen y de que hablaremos en breve.

Pero desde la primera ojeada comprendemos que el gusto del Japón tiende principalmente al cultivo de las plantas de habitación, y reconocemos que los jardineros de tan lejano imperio han adquirido en este ramo una verdadera originalidad. ¿Cuál? Pronto lo sabremos.

Entretanto séanos lícito hacer una declaración personal: hemos experimentado una decepción. Esta exhibición de horticultura japonesa es sin disputa atractiva, pero la esperábamos más completa, y sobre esto nos hemos franqueado con un joven japonés, con quien tenemos conocimiento y el cual me dijo sonriendo:

— «¿Creéis tener delante acaso una exposición imperial ó una exposición colectiva? Nó, es una simple exhibición privada, la empresa particular de Kasawara, horticultor de Tokio. Voy á ser completamente franco, añadió; estáis en un bazar de flores. Compra el que quiere; pero acá entre nosotros, las paga bien caras. Mis compatriotas exageran un poco la rareza de sus vegetales, y hay de todo en la exhibición: exquisito, mediano y bastante común.

»No me olvidaré de deciros que el pobre Kasawara ha tenido desgracia. Cuando abrió aquí sus cestas hubo de encontrar secas más de la tercera parte de las más bellas plantas, como sucedió con las crisantemas, flores nacionales del Japón. Fué una lástima. Y fué preciso resignarse á formar una colección reducida y presentarla del mejor modo posible.



Plantas japonesas de habitación

»Naturalmente, no se habían traído tipos de árboles, porque los árboles no pasan la mar impunemente, cuando son árboles hechos; ¿y á qué presentar á los parisienses simples vástagos ó plantones?

»En fin, concluyó diciendo el joven japonés, os refiero las cosas tales como son: sacad las deducciones que queráis. Por mi parte, reconozco también que la exposición japonesa no es muy completa; reconoced por vuestra parte conmigo, que, á pesar de todo, no deja de tener su interés.»

Habiéndome hablado de este modo el japonés, he creído conveniente transcribir palabra por palabra sus francas declaraciones, y no insisto más en ello.

Pero veamos ahora lo que se encuentra á lo largo de las tres terrazas del jardín japonés, en sus macetas de porcelana tan gratas á la vista.

Creo que habréis observado en los grabados y dibujos del Japón esas raras plantas contorneadas que se creerían contrahechas ó artificiales. No tengo inconveniente en confesar, por mi parte, que no había creído nunca en tales vegetaciones. Sin embargo, el jardincito de Kasawara las tiene en abundancia. Ved el *thuya obtusa*, el *podocarpus macrophylla* empenachado, el *pinus parviflora* y el *pinus densiflora*. Es cosa de no dar crédito á los ojos. Estos árboles, en su libre desarrollo, alcanzan grandes alturas, como es sabido. Pues los japoneses los crían en macetas, los deprimen, los doman, digámoslo así, y nos muestran en miniatura grandes árboles que cuentan de cincuenta á ciento cincuenta años. ¿No es cosa admirable?

He dicho grandes árboles en miniatura y es la más exacta verdad. Sí, los troncos están rugosos, torcidos, retorcidos, nudosos, abiertos, huecos por su base, sostenidos por raíces que salen del suelo como los troncos centenarios. Las ramas se bifurcan, se apartan, se extienden, se cubren de follaje espeso y redondeado y hasta resistente como los viejos ramajes.

Los jardineros japoneses han hecho de estas especies forestales, plantas decorativas de habitación. ¿De qué procedimientos se sirven para obtener tan extraños y sorprendentes resultados?

Alojan el arbolillo, cuando es una planta tierna y diminuta, en una maceta estrecha y poco provista de tierra. De vez en cuando apilan esta tierra, que tienen buen cuidado de no renovar, retuercen el tallo para estorbar la ascensión de la savia y se opera así la nanificación, si aceptáis el término.

Se necesitan años para conducir uno de estos enanos á un estado razonable; y es harto curioso poseer un gran árbol en una maceta que se pone sobre un trípode ó escabel. ¿Es esto verdaderamente bello? Yo más bien diría que es extraño ó raro.

He observado otras plantas en la misma exhibición dignas también de mención honorífica por su carácter ornamental ó decorativo, como por ejemplo el *rhapis flabelliformis*, especie de palmera enana, de hojas cortadas en abanico, formando ramo en la copa; agradables helechos, bambúes de especies pequeñas, y sobre todo, magníficas cicas. Imaginaos un tronco en forma de zanahoria, saliendo de tierra y dando en su cima hasta una docena de ramas, todas derechas y provistas de menudas hojas como dientes de peine ó barbas de pluma. Diríase una enorme zanahoria parda coronada de plumas verdes.

El jardinero de Tokio que se cuida de este cercado de triple terraza, os ofrecerá lirios en flor en suspensiones de cestería. Tienen estos lirios tallos débiles y soportan corolas colgantes ó inclinadas á tierra. Todo está reducido á miniatura en ese espécimen de horticultura que se nos exhibe.

Allá para el otoño, en octubre, se nos mostrarán crisantemas, una de las flores más características del Japón. Entretanto, hemos de contentarnos con estos lirios blancos punteados de rojo, ó rojos punteados de amarillo.

Admiremos también esas vistosas coronas y esos bellos canastillos, tejidos con raíces de helecho, que se riegan y vegetan produciendo hojas y flores. Cuélganse estos preciosos canastillos en el techo de un invernáculo ó de un vestíbulo y ya no hay nada mejor para los *japonizantes*.

Y esto es todo lo que hemos podido ver en el Trocadero á propósito de horticultura en el Imperio del sol saliente.

J. DENÉS.



Preparación del arroz para la mesa

LOS MANJARES EXÓTICOS

¡Qué deliciosos callejeos pueden hacerse en esta explanada de los Inválidos, donde sin ningún cuidado de los progresos artísticos é industriales han instalado á su gusto los pueblos orientales los diversos paraísos de cierto número de Mahomas!

De tal manera que el otro día, habiéndome adormecido en medio de los frescos y de las acuarelas en uno de los hospitalarios divanes que adornan el pabellón de nuestro amigo Carlos Toché, me pareció ver entre una vaporosa farándula de huríes y almeas al mismo Monselet coronado de rosas y con las manos llenas de bananas.

El excelente Monselet me dijo en son de afectuoso reproche:

— Amigo mío, ¿qué haces en esta tierra cómo y empleas el tiempo que la indulgencia de los dioses te concede?

Ciertamente, añadí, comprendo tu recogimiento relativamente religioso ante las danzas hieráticas de Java y tu alegría oyendo los aullidos guerreros de los anamitas; pero ¿por qué ese desdén hacia la exposición gastronómica, la mejor desde los Césares y Trimalción que haya podido contemplar el hombre?

Quedéme confuso y en mi embarazo iba á balbucear alguna explicación insuficiente; pero Monselet me interrumpió diciéndome con la misma indulgencia:

— No podría pensarse en todo y siento que te perdono, aunque bajo una condición. Vas á acompañarme en este delicioso paseo, por el cual he dejado los campos de asfodelo, donde ha poco departía con Horacio de poesía y del mérito comparado del champaña y del vino de Falerno.

— Sin embargo, contesté, creo que los muertos...

— Tranquilízate: algunos muertos escogidos no han renunciado á los placeres de la